

## UNA VENTANA ROTA

-Ven, vamos al lote vacío -dijo Albertito-. Allí hay algunas piedras buenas.

-Creo que mejor me voy a casa, -contestó David recordando que su padre con frecuencia lo amonestaba del peligro que hay en jugar con piedras algún otro día iré.

-Ah, ven David, no tengas miedo.

Así fue como los dos niños después de salir de clase fueron a jugar con piedras en el lote vacío.

-Este es un buen lugar para jugar, David. No hay ventanas alrededor que se puedan romper.

-Sí, si hay...

Pero David no terminó la frase, porque en ese momento los niños oyeron el ruido de vidrios rotos. La piedra de David había ido tan lejos que había quebrado una ventana de la hermosa mansión situada al otro lado de la calle.

-¡Corre, David, no te quedes parado! ¡El rico señor Pérez llamará a la policía!

-¡Corre, te digo que corras!

-No correré, -dijo David valientemente- Y me puedes llamar como gustes. Te veré después, y para sorpresa de Albertito, el pequeño David cruzo temblorosamente la calle y llegó a la puerta de la casa.

David tocó el timbre y en seguida apareció el sirviente vestido con un uniforme negro. Le dijo que el señor Pérez estaba muy ocupado y que sencillamente no se le podía distraer. -Pero, tengo que verlo.

El señor Pérez había visto toda la escena desde la ventana de su biblioteca. Así, después de escuchar la conversación en la puerta y curioso por saber qué le iba a decir el niño, dijo:

-Deja pasar al niño...

Una vez dentro, David casi se olvidó de su propósito al ver tantas cosas lindas a su alrededor. En su humilde hogar nunca había visto sillas tan hermosas y pisos tan brillantes.

-Me llamo David García, -murmuró- Yo rompí su ventana. Mi padre está sin trabajo, así que no le puedo pagar hoy; pero lo haré tan pronto como pueda ganar el dinero. Aquí tengo unos diez pesos. Esto es todo lo que tengo.

-¡Diez pesos! Pero, ésta es una suma muy pequeña para el gran precio que se tiene que pagar por ese cristal. ¿Sabes que te puedo poner en la cárcel hasta que termines de pagarme todo?

-Sí, lo sé, -dijo David afligido- Pero, por favor, señor, no, no lo haga, eso heriría el corazón de mi madre.

-Bien, por ella no lo hare, pero ¿cuándo esperas hacer otro pago?

-La semana que viene, señor, y muchas gracias.

Así David se fue pensando cómo podría juntar esa gran cantidad de dinero. Toda esa semana hizo muchos mandados y trató de ganar dinero por aquí y por allá. Fiel a su palabra, el próximo lunes apareció en la mansión nuevamente.

-Hoy tengo veinte pesos para usted, señor.

-Esa es una buena cantidad para un niño tan pequeño, dime ¿dónde la conseguiste?

-He ganado cada peso, excepto uno que mi mamá me dio.

-Muy bien, querido. Este es un proceder honrado. Me gustaría saber tu nombre otra vez y dónde vives.

-Se lo escribiré, señor.

-Escribes muy bonito, -dijo el señor Pérez-. ¿A qué escuela vas?

-A la escuela del gobierno, -contestó David.

Una vez más David salió de la mansión prometiendo volver a la siguiente semana.

Pero La siguiente semana David no había tenido tanta suerte y solamente había ganado cinco pesos.

El señor Pérez, sin embargo, estaba tan conmovido por la honradez del jovencito que hizo una visita a los padres de David. Allí se enteró de que David era muy obediente Y honrado, como lo había sido en su acción con él. En poco tiempo se hicieron arreglos para que David fuera a vivir a la casa del señor Pérez Y asistiera a un colegio particular. El señor Pérez dio a los padres de David dinero para que le compraran ropa.

Al siguiente día, ya en la mansión del señor Pérez, David irradiaba felicidad, pero no era por sus ropas nuevas sino por su espíritu honrado, que había hecho de él un hombrecito.